

EL CRISTO DE LAS BATALLAS

¿No has leído, lector, el viejo «Cantar de mio Cid», el primer vagido de nuestra épica romanesca? Allí verás un Cid sin adobo y sin afeite caballerescos, un «salido»—o forajido—que echado de su tierra por el rey Alfonso—¡otro que tal!—se va a ganarse la vida con el botín. Ni por casualidad aparece un motivo religioso ni patriótico; al Cid le tiene sin cuidado la fe de los otros. Engaña a unos judíos, o mejor, los estafa, y entra en cambalaches con los moros. Es un aventurero de fortuna.

Ni servía la causa de la civilización, ya que los moros de Valencia estaban entonces más civilizados que los castellanos de Burgos.

«Mesnadas de mio Cid robado an el campo», dice el verso 1.736 del «Cantar». «Contra la mar salada conpeço de guirrear» (1.090). ¡Fanfarronada de aventurero de páramo! ¿Y qué buscaba en Valencia? Botín, y nada más que botín; dote para sus hijas. En el pregón que mandó echar por tierras de Aragón y de Navarra, para la conquista de Valencia, decían sus mensajés que fuesen a él los que quisieran perder cuita y llegar a riqueza (1.189). Y al contar el juglar el gozo por la ganancia de la ciudad, dice: «El oro y la plata, ¿quién los podría contar? Todos eran ricos quantos que allí ha.» (1.214-1.215). Y por donde quiera, en el viejo «Cantar» no se habla sino de botín—«preca»—, de ganancia, de salir de cuita, de hacerse rico. ¡Una verdadera cruzada! Y el Cristo había dicho: «Mi reino no es de este mundo.»

Le acompañó al Cid en su expedición contra Valencia, en su cruzada de saqueo, el obispo don Jerome (Jerónimo), francés, a quien aquél hizo obispo de Valencia. Obispo de armas tomar, de quien decía el juglar: «Dios, qué bien lidiava!» (2.388). Y otra vez: «Non tiene en cuenta los moros que ha matado.» (1.795). Aquel obispo guerrero no recordaba lo que el Cristo dijo a un discípulo que quiso defenderle a espada: «Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada a espada perecerán.» (Mateo, XXV, 52.)

¿Cómo pareció el obispo don Jerome, el de Valencia, el del Cid? No lo sabemos, pero está enterrado aquí, en esta ciudad de Salamanca, en su catedral nueva, adonde le trasladaron desde la vieja. Por cierto que como en su primitivo sepulcro, el de la catedral vieja, dijese: «Aquí yaze el obispo don Jerome, visquie—esto es, vivió—de buena e santa vida...», y no supiesen los pedantes latinistas del siglo XVIII lo que ese «visquie» significase, hicieronlo apellido, y en el actual epíteto, en latín, se le llama, «Jerónimus Visquius».

En el altar de la capilla de la catedral nueva de Salamanca, junto al sepulcro

del obispo del Cid, hay un viejo crucifijo, negro, ceñudo, con los brazos a escuadra, al que se le llama el Cristo de las Batallas. Es de tradición que era el que llevaba en sus algaras y expediciones el Cid para armar el altar campestre en que se celebraba misa de campaña. Cristo que no goza de devoción popular. Esta se va aquí a otro, llamado el Cristo de los Milagros. El de las Batallas, de pequeña talla—con cruz y todo no pasará de una vara—, ceñudo, oscuro, inexpressivo, rígido, de liturgia castrense, no dice nada a la fantasía de los devotos y devotas. Es más que otra cosa una curiosidad arqueológica.

Pero se les ha ocurrido a las madres salmantinas celebrar una novena en demanda de que se acabe la actual guerra de Marruecos, de que les devuelvan sus hijos, que tienen allá, por tierras de Larrache, y ¿a quién creerán ustedes que se les ha ocurrido hacer la novena? ¡Pues al Cristo de las Batallas del Cid y del obispo don Jerome! Y un padre jesuita—aunque eso de padre sea un decir—de éstas ha declarado a esas madres que la tal novena es una novena antipatriótica. Sin que ello quiera decir que ese sedicente padrecito jesuita sea un Pedro el Ermitaño.

Cuenta el «Cantar» que después de unas ganancias que el Cid hizo a las puertas de Valencia, en que le cayeron seiscientos caballos y otras acémilas y camellos largos, pensó llevar la guerra a Marruecos. «Antes tu mingnado, agora rico so»—se dijo—«que he aver e tierra e oro e onor», y añadió: «Allá dentro en Marruecos, o las mezquitas son, que abram de mí salto quicab alguna noche.» (2.494-2.500).

Han corrido los siglos, más de ocho, y frente a aquel crucifijo de las algaras, que no cruzadas, de Rodrigo Díaz de Vivar, el Campeador, y de su aprovechado capellán; frente a aquel crucifijo ante quien el Cid y sus mesnaderos, entre ellos el eclesiástico, el «coronado» alanceador de moros, pedían que se les acreciese el botín para salir de cuitas; frente a este mismo crucifijo, negro, rígido, envarado, con los brazos en escuadra, se prosternan las madres salmantinas pidiendo que termine la algara de Marruecos, «donde las mezquitas son». Y ello sin hacer caso de padres jesuitas, que, como no tienen hijos, les dicen que esas novenas son antipatrióticas. ¿Qué entenderá por patria un jesuita?

¿Y las cenizas de don Jerome? Están dentro de una especie de gran sopera. Si el espíritu de aquél a quien en el siglo XVIII le convirtieron en «Visquius» ha oído el susurro de la novena, ¿qué habrá pensado él, el monje aventurero francés, del patriotismo?

